

bullicio y las concurrencias del mundo , no en los juegos ni espectaculos del siglo : en el silencio de la soledad , y en el reposo de una vida santa y retirada la hallareis. Mientras mas os apartareis y renunciareis las diversiones humanas , tanto esta celestial alegria se comunicará con mayor abundancia , y se apoderará de vuestros corazones : ella entonces los penetrará , los inundará , y los transportará. Esta es la promesa que os hago , y cuya certeza aseguran todos los Santos que hasta ahora ha habido en la tierra , y todos los que aun hay en ella ; porque reflexionemos , si se han engañado ellos en lo que nos han enseñado , ò si se engañaban à si mismos. David se engañaba acaso quando gritaba , y decia , que estar un dia en la Casa de Dios con este Señor , era mucho mas ventajoso para él que pasar diez mil con los pecadores , rodeado de todos los placeres? San Pablo y otros muchos Santos , se engañaban por ventura , quando despues de las freqüentes experiencias que tenían , nos han asegurado que nada iguala à esta conmocion interior de la gracia , y à estos consuelos que Dios comunica à los que le temen , y le sirven? Fie monos , pues , en sus palabras , ò diciendolo mejor , tengamos nuestra esperanza y seguridad en la palabra de nuestro Dios , que está empeñado en proporcionarnos , y darnos si queremos toda nuestra felicidad en este tiempo en que vivimos , y en la eternidad de la Gloria , à la que nos lleve.

SERMON
PARA EL DOMINGO QUARTO
DESPUES DE PASQUA.

Del amor , y del temor de la verdad.

Cum venerit ille Spiritus veritatis , docebit vos
omnem veritatem. *Joan. cap. 16. v. 13.*

*Quando venga el Espiritu de verdad , os enseñará
todas las verdades.*

Como es propio del Espiritu Santo ser la verdad misma , tambien es uno de sus mas esenciales encargos enseñar la verdad , y todas las verdades : pero no creais por esto , que siempre por sí mismo nos sirve de Maestro que nos las enseña , como hizo con los Apostoles quando visiblemente descendió sobre ellos : pues debe entenderse que tiene sus organos por donde se explica , y Ministros que llena de sus luces , à los que comunica sus verdades para que las publiquen en su nombre , y hagan que las entiendan y las comprehendan los hombres. De este modo inspiró en otros tiempos este Divino Espiritu à los Profetas , y les dió un conocimiento previo de lo futuro , para que lo anunciasen à los Principes , à los Pueblos , à los Grandes y à los pequeños. No es este mismo Espiritu el que (segun las promesas del Hijo de Dios) inspira en estos tiempos à los Predicadores para que hablen en la cathedra de la verdad ? No este mismo Espiritu el que inspira à otros mu-

muchos Obreros evangélicos , para que hagan conocer esta verdad , y para que sean ellos los que la dispensen? Estos es cierto que son hombres semejantes à los demas , y como tales son pecadores sujetos à las mismas miserias , y à las mismas flaquezas que los que los escuchan : por esto parece que los libertinos del siglo tienen alguna especie de ventaja ; porque querrian (dicen ellos) ser instruidos y persuadidos de la verdad por hombres que practicasen lo mismo que predicán à los demas con tanto zelo , y por hombres irreprehensibles en su conducta y en sus costumbres ; como si la verdad para ser creida dependiera del merito y de las qualidades del que solo es un depositario que la revela. Pero este es un pretexto (dice San Juan Chrisostomo) de que quiere valerse el libertinage , y con el que procura encubrirse ; porque aunque hubiera en la tierra estos hombres perfectos , y estos hombres irreprehensibles esentos de toda censura , no se les creeria ; pues el mismo Jesu-Christo , quando en persona vino , tampoco encontró en las almas toda la creencia que se debia à la palabra de Dios , y à las santas verdades que anunciaba y enseñaba. Pero sea como fuere , hoy vengo à que aprendamos como nos debemos gobernar en todo lo que pertenece à la verdad. Vengo à manifestaros el culpable y grande abuso que de ella hacemos , y à trabajar para corregirle. Dirijamonos prontamente al Espiritu de verdad , à fin de que nos ilumine ; y valgamonos de la intercesion de la Virgen , que estuvo llena de él siempre , y mas desde el instante que la saludé el Angel , diciendola: AVE MARIA.

Considerando bien las cosas , puede ser que no haya alguna otra , en que los movimientos de nuestro corazon sean mas equívocos , y en que el hombre parezca mas contrario à sí mismo , que en el asunto de la verdad ; porque él la ama y la aborrece ; la busca y la huye ; se regocija con ella , y por ella se aflige algunas veces ; consiente con gusto en lo que le dicta , y otras la resiste con obstinacion ; en muchas ocasiones triunfa porque la ha conocido , y en

otras

otras quisiera desterrarla para siempre de su espíritu ; finalmente , el dexarse vencer de la verdad lo tiene à mucha honra y gloria suya muchas veces , pero en algunas ocasiones halla en eso mismo su mayor tormento. Qué cosa hay mas contradictoria , que estos impulsos y sentimientos , y esta conducta tan opuesta ? Para concordar todo esto , distingo dos especies de verdades que se dirigen à nosotros , y en cuyo uso (explicandome de este modo) consiste toda la perfeccion , ó todo el desorden de nuestra vida. Hay una verdad que nos reprehende , y una verdad que nos lisonja ; la primera nos manifiesta lo que tenemos de defectuosos y viciosos ; y la segunda nos representa lo que tenemos , ó lo que creemos tener de laudable y bueno. Esto supuesto , intento haceros ver que es facil concordar estas contradicciones que , segun parece , dividen el corazon del hombre por lo que toca à la verdad ; porque bien mirado , si la amamos , es porque nos lisonja ; y si la aborrecemos , es porque nos reprehende. Estos dos desordenes quiero hoy combatir y destruir , y ved lo que digo en dos palabras : Que de todas las verdades , *la que debemos principalmente amar , es la que nos reprehende ; esta es la primera parte ; y la verdad que debemos tener mas , es la que nos lisonja ; esta es la segunda parte.* Este es un asunto enteramente moral , y dará motivo à reflexiones igualmente utiles , que sensibles.

PARTE PRIMERA.

No es paradoxa , sino máxima indisputable entre los Maestros de la Moral , que no hay verdad alguna que debamos amar mas , que la que nos reprehende. Las razones que à esto mueven son evidentes ; porque qué cosa mas ventajosa para nosotros (dice San Juan Chrisostomo) que conocernos à nosotros mismos ; comprender que hay una virtud soberana para corregirnos y perfeccionarnos , y conocer lo que comunmente se procura ocultarnos ? Y sobre todo qué cosa mas util , que

Tom. VI. Dominicas.

K

co-

conocer lo que es mas difícil de saber , y de lo que no podemos intentar instruirnos , sino por medio del zelo , no solo sencillo , sino generoso , y muy conforme à nuestro bien ? La verdad que nos reprehende tiene en sí todas estas qualidades , como voy á hacerlos ver con la mayor claridad.

Primeramente hace que nos conozcamos à nosotros mismos , y sin ella no podíamos esperar el conocernos jamas. Despues de conocer à Dios , no hay cosa que mas debamos desear que el conocimiento de nosotros mismos ; y aun San Agustín dudaba si nos era mas necesario conocernos à nosotros mismos , que conocer à Dios ; porque hablando con propiedad , estos dos conocimientos , principalmente en el orden de la gracia y de la salvacion , no pueden estar separados , y el uno depende esencialmente del otro. Ninguno puede conocerse , si no ama la verdad que le reprehende. Poned en esto toda vuestra atencion : yo no puedo conocerme si no amo la verdad que me reprehende , porque debo estar persuadido , à que por mas cuidado que ponga en arreglar mi vida y mi conducta , y por mas bueno y justo que sea el testimonio que yo me dé en este asunto , tengo todavía mil flaquezas , y mil desórdenes que no advierto , pero los demas saben muy bien observarlas : y si no conviniera en este principio , estaria en el error mas perjudicial de todos , porque estaria en el error de mi propio error , y en la ignorancia de mi misma ignorancia. Sobre esto debo estar convencido , de que aunque me ocupara sin cesar en arreglar mis acciones , y en exáminar mi conducta , nunca tendria las luces necesarias , ni el preciso conocimiento para descubrir todas las flaquezas , y todos los desórdenes que tengo ; porque mi amor propio , que es como un espeso velo , me ocultaria siempre mucha parte , y me impediria el hacerme justicia exacta en todo lo demas. Es forzoso pues , (concluye San Juan Chrisostomo tratando de esta materia) ò que renuncie enteramente el-conocerme , ò que supla con los conocimientos que otros tienen de mi los que a mi me faltan ; y como hay en mi un gran numero de verdades que me for-

fortalecen , y son capaces de humillarme , es preciso que yo apruebe el que me digan estas verdades otros , pues yo no tengo el conocimiento que debo para decirmelas à mi mismo.

Me parece , Christianos , que cada uno de nosotros debemos tener semejante disposicion ; porque en fin , hermanos míos (añade San Juan Chrisostomo) , el que halla un Medico que le da à conocer perfectamente su enfermedad y dolencia , bien lejos de agraviarse por ello , le estima , le favorece , le honra , y se entrega à él ; y quanto el mal es mas desconocido y grave , tanto mas se reconoce el importante servicio y beneficio que se le hace , y la sinceridad con que aquel se lo manifiesta. Si nosotros , pues , pensamos de este modo en quanto à nuestras enfermedades , qué sentimientos no debemos tener quando se trata de las enfermedades del alma , que son nuestros vicios , y nuestras imperfecciones ? Me atreveré à decir , que ha sido forzoso que el Paganismo nos enseñe en este asunto nuestra obligacion ? En medio de la infidelidad se han visto hombres con tanto deseo de conocer sus defectos , como el que nosotros tenemos para evitar que nos manifesten los nuestros. Un Caballero mozo de la Corte de Augusto , y aun de su misma familia , un Germanico en fin , movido de la generosa curiosidad de conocerse (cosa tan rara entre los grandes del mundo) siendo Xefe de la Milicia Romana , de tiempo en tiempo se disfrazaba , y sin ser conocido visitaba por las noches los Cuarteles de su Exército , y se acercaba con el mayor secreto à las Tiendas para escuchar los discursos y conversaciones de sus Soldados ; porque no ignoraba que entonces unos y otros decian con mas libertad lo que pensaban de la conducta de su General. Esto nos refiere la historia de una virtud pagana , y esto nos presenta à la vista para confundir esta delicadeza , tan opuesta à la Christiandad , que nos hace enemigos de la verdad que nos manifiesta nuestros defectos , y nos ofende. Puede ser (me direis vosotros) que este Pagano buscasse por este medio lison-

irse , teniendo esta satisfaccion y gloria , porque estaba seguro de la estimacion que se hacia de su sabio y prudente modo de proceder. En efecto , observa Tácito que de esta manera gozaba del fruto de su reputacion , no oyendo por todas partes , sino elogios ; tanto mas dulces y apatecibles para él , quanto se le daban con mas libertad , y sin violencia alguna : *fruebat fama sua*. Yo convengo en que sea asi ; pero tambien es verdad , que si hubiera tenido algun defecto reprehensible , ò hubiera dado motivo à algunas quejas , por este medio se ponía en estado de no ignorarlas , y de conocerlas ; y en esto , por mas pagano que fuera , nos dá una leccion è instruccion muy util.

Porque lo demas que he dicho , y lo que contiene la segunda prueba de la proposicion que sostengo es , que asi como la verdad que nos reprehende , es la mas necesaria para conocernos , asi es la mas eficaz para corregirnos. Las otras verdades (dice San Geronimo) nos instruyen , nos mueven , y nos convencen , pero no nos mudan ; mas esta , sin instruccion , sin convencimiento , y sin discurso , ò diciendolo mejor , por el discurso mas fuerte , por el convencimiento mas eficaz , y por la instruccion mas breve y facil , tiene poder para convertirnos ; porque haciendonos entrar en nosotros mismos por el conocimiento que nos dá , nos obliga à salir del error por la penitencia. Estos dos efectos produce en nosotros por una conseqüencia casi natural , y segun la doctrina de San Agustin , hacen toda la perfeccion del hombre ; porque en lugar de que la buena opinion y juicio que teniamos de nosotros mismos nos echaba à perder , y nos hacia superiores à nuestra flaqueza , por vanidad ò por ligereza , esta verdad enfadosa que nos reprehende , nos llama dentro de nosotros mismos , nos recoge en nuestro interior , y nos hace poner alguna reflexion en nuestra vida , de cuyo conocimiento es casi imposible podernos separar ; y como en virtud de este conocimiento no vemos en nosotros cosa que no sea imperfecta , y capaz de humillarnos , no pudiendo en este estado sufrirnos à no-

sotros mismos , ni permanecer asi , hacemos un esfuerzo para elevarnos , y hacernos superiores à nosotros mismos , que es el verdadero movimiento y efecto de la penitencia ; y esto nos sucede , aunque seamos poco fieles , y no correspondamos como es justo à la gracia de Dios. Una verdad dicha à tiempo basta en ciertas circunstancias para arrancar de nuestro corazon una envejecida y viciosa costumbre , y una pasion. Años enteros de reflexion no habian conseguido nada en este punto , y todos los demas medios habian sido inútiles è ineficaces à este fin ; pero este consejo y aviso dado en tiempo , con discrecion y prudencia , es el golpe saludable que nos sana. Al punto es verdad que nos turba y nos conmueve , pero en fin la gracia y la razon venciendo estos sentimientos è impulsos , y esta verdad , aunque amarga , digerida con un espiritu solido y templado , comienza à obrar , y su amargura misma es la causa y principio de la cura y de la sanidad. No querer oír esta especie de verdades , ò no quererlas oír sino disfrazadas , encubiertas , debilitadas y disminuidas (que es el termino de la Escritura Santa : *Quoniam diminute sunt veritates à filiis hominum.*) (a) Querer que nos las suavicen , que se les quite lo que tienen de amargo , y sin esto no poderlas tolerar , es renunciar à su propia perfeccion , es condenarse uno à sí mismo para siempre à ser del numero de aquellos enfermos de quienes dice San Bernardo , que son tanto mas incurables , quanto repugnan y no quieren admitir la medicina , corrompiendo hasta el remedio precisamente necesario para sanar. Un Cristiano , decidme , puede en conciencia permanecer en esta disposicion? Discurramos sobre nuestras obligaciones todo lo que queramos , que jamas (dice San Agustin) nos corregiremos en nuestros vicios , ni en los errores que nos agradan , sino por la verdad que nos disgusta.

Lo que nos importa y nos conviene , es hallar un
hom-

(a) Psalm. 11. v. 21.

hombre discreto, constante, y verdadero amigo, que nos descubra esta verdad; esto es tan difícil y raro, que Salomon lo considera como un tesoro, pero esto mismo forma la tercera razon que nos obliga à buscar la verdad, y lo que debe hacernosla mas preciosa y estimable; porque el conocimiento de ella es el que se procura con mas esfuerzo quitarnos. Vosotros sabeis que la gran maxima, ò por mejor decir, el grande abuso de la ciencia del mundo, es ocultar las verdades desagradables, principalmente à quienes seria util, è importante el conocerlas; porque para instruir à aquellos que no tienen necesidad de saberlas, antes deberían enteramente ignorarlas, el mundo en todos tiempos se ha tomado demasiada licencia y libertad; pues aunque dicen lo que es menester decir, pero no à quien es necesario decirlo. Lo dicen con imprudencia, por murmuracion, y por venganza donde no es menester decirlo: y no lo dicen por obligacion y por conciencia donde era preciso; y al mismo tiempo que faltan à la caridad y à su conciencia esparciendo y publicando por todas partes una verdad odiosa, se fingan una falsa caridad, y se forman un engañoso escrupulo y aparente obligacion de ocultar esta verdad que ofende à aquel à quien personalmente le interesa, y à quien solo podia aprovecharse de ella. Esto se verifica principalmente en los Grandes, en los ricos, y en los poderosos de la tierra, cuya desgracia, entre todas las otras que parece están unidas à su estado, es casi jamas oír, ni llegar à conocer la verdad; y sin hacer un juicio temerario, se deberían reputar todos aquellos que los rodean como otros tantos seductores que se forman un sistema politico de engañarlos; que les representan las cosas bajo apariencias agradables y hermosas, à que se inclinan sus pasiones, y à que aspiran sus intereses: que muchas veces les disgustaria, y les pesaria (oh desorden del espíritu del siglo!) que los Señores à quienes sirven tuviesen mas instruccion y conocimiento del que tienen, porque ellos no quisieran, ni les acomodaba que fuesen mas perfectos ni mejores: de lo que se origina, que aquellos que

que en el mundo ocupan y tienen los primeros empleos, son los que por lo comun conocen menos la verdad.

Por esto Dios encargaba tanto à sus Profetas que se explicasen con una santa libertad quando se trataba de reprehender los vicios. Habla, le decia à Isaias, levanta la voz, y hazla resonar como una trompeta, cuyo sonido penetre hasta lo mas interior de los corazones: *Clama, ne cesses, quasi tuba exalta vocem tuam.* (a) En lugar de predicar à mi Pueblo verdades curiosas, sutiles y agradables, cifiete solo à predicarles verdades que los confundan; hazles presentes sus iniquidades, y reprehendedes todos sus escandalos y delitos: *Et annuntiat populo meo scelera eorum, & domui Jacob peccata eorum.* Y para que no me repliqueis que esto era bueno para aquel Pueblo, y para un hombre que predicaba à ignorantes, advertid que el mismo Dios le decia à Jeremias: No temas, Yo soy quien te ha mandado hablar, y quien te ha establecido como una columna de hierro, y como un muro de bronce: *In columnam ferream, & in murum æreum.* (b) Por qué, pues, ha de ser como una columna de hierro, y como un muro de bronce? Notad bien, y reflexionad lo que se sigue: *Regibus Juda, Principibus ejus, & Sacerdotibus.* Esto es, porque vas à predicar à los Grandes de Judá, à los Principes, à los Nobles, y à los que ocupan los primeros puestos y dignidades, y à quienes sus ministerios y empleos dan mas autoridad: *Ne formides à facie eorum.* Su presencia (añadia el Señor) no te intimide ni asombre, ni el respeto de sus personas te haga titubear ni te conmueva; no tengas con ellos cobardes respetos y miramientos; no los adules ni lisonjees; diles con valor y libertad la verdad que quiero que sepan, y sé su Apostol, y aun si fuere preciso, martir de esta verdad: porque à este fin te he llenado de mi Espíritu, y no te he hecho Profeta sino con este intento; y así, si tu, por quien esta

(a) Isai. 58. v. 1. (b) Jerem. 1. v. 18.

ta verdad debe ser anunciada y publicada, la tienes cautiva en el silencio, quién se atreverá a sostenerla y declararse por ella?

Por esto tambien San Pablo exhortaba à su discipulo Timoteo à que amenazara, à que reprehendiera, y à que fulminara anatemas antes que consolara à los fieles: y esto, que lo executara sin el temor de hacerse importuno, ni de que lo tuviesen à mal: *Argue, increpa, opportunè importunè.* (a) Porque vendrá tiempo (le decia este Santo Doctor) en que la sana Doctrina, es decir, la que censura y condena el vicio, será insufrible è intolerable para los hombres: *Erit enim tempus cum sanam doctrinam non sustinebunt.* No podemos temer ya que este tiempo ha llegado, y que es en el que estamos! De esto infero yo, que los Predicadores del Evangelio tienen una obligacion mas estrecha y mas precisa ahora que en algun otro tiempo de decir la verdad; porque de ellos solos puede esta esperar un testimonio fiel y constante. Yo sé que ellos deben ser discretos, pero Dios quiere que su discrecion y su prudencia no os pierda ni os corrompa. No ignoro que su zelo debe ser segun ciencia, pero quiera el Cielo que su ciencia, debilitando su zelo, no venga à ser para vosotros lo que temia San Pablo en aquellos que instruian; quiero decir, que no permita el Señor que sean para vosotros como campanas sonoras: *Æs sonans, aut cymbalum tintiens.* (b)

Pues qué debemos hacer para libertarnos de esta desgracia? Ah! Cristiados; si tuvieramos cuidado de ejecutarlo, sería un excelente modo, amar la verdad, tanto, quanto nuestro amor propio la tiene horror; sería un gran metodo para prevenir esta infelicidad, respetar à aquellos de quienes se sirve Dios para manifestarnosla, y tener por un servicio inestimable el que nos la declaren, aunque no sea en tiempo oportuno, ni con la mejor discrecion, diciendo con Salomon: *Meliora sunt*

(a) 2. Timoth. 4. v. 2. (b) 1. Cor. 13. v. 1.

sunt vulnèra diligentis, quàm fraudulenta oscula odientis. (a). Es cierto que esta verdad en mucha parte es durisima, pero las heridas de un amigo son para mi mas saludables y estimables, que las caricias de un adulator; y como nada es tan dificultoso como el manifestar y decir verdades, (esta es la quarta y ultima consideracion) es menester sentar esté principio; que nos toca à nosotros dar vencida esta dificultad à aquellos de quienes esperamos recibir este beneficio, previniendolos, empuñandolos, y prestandoles una atencion libre y favorable, siempre que quieran decirnos alguna cosa: asegurandoles, no con palabras vanas, sino por una conducta igual, que hacemos estimacion de lo que nos dicen, y que los oimos, no solamente con docilidad, sino con alegria; estando persuadidos, como en efecto lo debemos estar, de que la prueba mejor que pueden darnos de su zelo, es esta, y recelando, como debemos recelar, que una demasiada delicadeza de nuestra parte les cierre la boca, y que à fuerza de exlgir de ellos que se atemperen y se moderen, no los disgustemos enteramente, y les hagamos entibiar todo el fervor de su zelo.

Yo os aseguro que es empresa que pide un zelo puro, generoso y desinteresado el emplearse en descubrir sus llagas ocultas al que piensa estar sano; esto es, manifestar una verdad desagradable à quien se cree irreprehensible; y esto la experiencia nos lo enseña todos los dias: porque si es forzoso advertir à un hombre de que en su casa hay un gran desorden, à una muger de lo mucho que da que decir, y de lo mucho que hablan de ella por su mala conducta, ò à un grande finalmente del escándalo que causa, nadie habrá que de esto quiera encargarse: todos huirán del riesgo que en ello hay, no queriendo exponerse à él; cada uno tendrá sus motivos para disculparse y eximirse, y apenas en una familia, pero qué digo? en toda una Ciudad se encontrara

Top. VI. Dominicas.

L

tra

(a) Prov. 27. v. 6.

trará alguno, que no haciendo caso de su particular interes, y solo por desempeñar y cumplir con su obligacion, se atreva à decir la verdad. De aqui nace la indispensable necesidad que tenemos de ser afables y humildes de corazon, quando se trata de que nos den, y de que admitamos reprehensiones y consejos: siendo esta obligacion, no solo segun el mundo, sino mucho mas segun Dios; porque uno de los preceptos mas esenciales de su Divina Ley es que apartemos de nosotros todo quanto puede servir de obstáculo à corregirnos, so pena de que seremos responsables de nuestras ignorancias como de otros tantos delitos; y quanto es mas dificil el declararnos y decirnos la verdad que ofende à nuestro amor propio, tanto mas debemos estar dispuestos à respetarla y venerarla por el modo con que la escuchamos. Asi se portó aquel desgraciado Rey de Babilonia, à quien (como dice la Escritura) habló Daniel con libertad de Profeta, y le manifestó à un tiempo tres asombrosas y sensibles verdades; la primera, que habia sido puesto en peso y en balanza, y que habiendo pesado mas sus delitos que sus virtudes, fue reprobado en el juicio de Dios. La segunda, que su Reyno sería dividido entre los Persas y los Medos. Y la tercera, que aquella misma noche habia de morir. No hubo persona que no temblase oyendo la libertad y animosidad de este discurso; todos creyeron que Daniel se habia buscado su ruina y perdicion, y no dudaron que Baltasar le sacrificase y quitase la vida al primer impulso de su cólera; pero este Principe, que tenia un alma grande, y que hasta en los rebeses mas sensibles de la fortuna habia conservado toda la moderacion de su espiritu, discurreó y pensó de un modo muy diverso; abrazó à Daniel, le llenó de favores, mandó en el momento que le vistiesen de púrpura, que le pusiesen un collar de oro, y que todo el pueblo le respetara y obedeciera; siendo la razon de estos beneficios (segun San Juan Chrisostomo) porque creyó, que un hombre que era capaz de decir con generosidad y valor semejantes verdades à un Principe, guardandole el debido respeto,

to, y olvidando su propio interes por émplir y desempeñar una accion tan heroica, era acreedor à toda especie de honores, merecia la mayores distinciones, y nunca podia ser premiado y elevado como era justo: *Tunc jubente Rege indutus est Daniel purpura, & circumdata est torques aurea collo ejus* (a). Por esto (añade el Sagrado Texto) honró Baltasar à Daniel; porque exponiendo su misma persona, y con evidente peligro de su desgracia, quiso venerar, y dar honor à la verdad.

Pero Christianos, cómo tratamos nosotros à esta verdad? Ah! Permitidme hacer aqui una comparacion entre nosotros y este infel Rey, y oponer su exemplo à nuestra conducta. Bien lejos de amar esta verdad, la aborrecemos y la huimos; y este era el desorden que San Agustin lloraba en otros tiempos, y cuya causa queria conocer preguntandose la à Dios con estas afectuosas palabras: *Cur, Domine, veritas odium parit, & quare inimicus factus est eis homo tuus verum prædicans, cum ametur beata vita, quæ non est nisi gaudium de veritate?* Cómo, Señor, ó por qué sucede, que esta verdad que en Vos tiene su origen, cause en los hombres semejante odio? Por qué este Salvador que les ha hablado de vuestra parte y en vuestro nombre predicandoles la verdad, se ha hecho enemigo de ellos, quando es natural en el hombre amar la vida bienaventurada, que no es otra cosa que una interior alegría por haber conocido la verdad? A esta pregunta se respondia à sí mismo, y añadia: Ah Dios mio! Yo comprehendo muy bien este misterio; esto consiste en que los hombres preocupados de sus pasiones no reconocen, ni tienen por verdad sino la que aman, y les lisonjea: ó diciendolo mejor, consiste en que se forman de lo que les complace una verdad imaginaria, excluyendo todo lo que no les acomoda: finalmente es la causa, porque quieren una verdad hermo-

(a) Dan. 5. v. 29.

mosa y brillante, y no pueden sufrir una verdad severa y que humilla: *Amant lucentem, oderunt redarguentem.*

A admirable retrato de las gentes del siglo, que el Santo Doctor delinea en dos palabras: pues en efecto, Christianos, nosotros oímos la verdad que nos descubre lo que somos, pero llegamos à mirarla, y aun à temerla como una persecucion; y quando se nos ofrece à la vista, à pensar nuestro, nos irritamos y nos enfurecemos contra ella, teniendo por enemigos à los que nos la ponen presente, como si nos injuriaran. De aqui nacen las desazones y rencor es, de aqui los odios y las oposiciones, y de aqui las enemistades y desavenencias. Quántas amistades se han visto quebrar, quántas comunicaciones se han roto, y quántas guerras se han declarado por habernos dicho una verdad? Pero lo mas extraño es, que aborrezcamos esta verdad por la misma razon que nos la debía hacer mas amable: quiero decir, porque es verdad; pues si lo que nos reprehende fuera menos cierto, no nos ofenderíamos por ello, ni nos incomodaria tanto; porque la rebeldia de nuestro espíritu procede de que todo lo que se nos dice es mas verdad de lo que quisieramos, y es una verdad tan evidente, que no podemos negarla de ningun modo.

Este es un vicio, que no solamente comprehende à los Grandes, para con los cuales (como dice Casiodoro) una palabra de verdad es en muchas ocasiones una palabra de muerte: para quien se la dice; pudiendo alegar en su confirmacion à quantos criados fieles ha ocasionado la pérdida de su fortuna, y la desgracia de su Señor este zelo de la verdad; sino que es este un vicio que domina aun à los pequeños, los cuales en la baxeza de su estado son algunas veces mas intratables y mas indóciles que los Grandes, quando se les advierten sus defectos. Y este no es vicio que solo tienen los imperfectos, sino tambien los devotos, y los que están dedicados à espirituales ejercicios; pues vereis algunos llenos de afectos de una sólida piedad; que no respiran otra cosa sino Dios y su Gloria;

y

y siendo sabios en su conducta, y severos en sus máximas, son incapaces (sin embargo de todas estas buenas qualidades) de recibir con serenidad una advertencia; estas son gentes singulares para decir verdades à los demas, pero sensibles hasta el exceso quando se ven precisados à oirlas de boca de otros. Estas son montañas, dice la Escritura, segun la apariencia de su elevacion; pero son montañas que arrojan humo en el momento que se les toca: *Tunge montes, & fumigabunt* (a). Lo que me hace dudar, si esta bondad que aparece en esta especie de Christianos es una ilusion; porque la verdadera sabiduria y sólida virtud, es amar el conocimiento de su imperfeccion, segun lo que dice David: *Et peccatum meum contra me est semper* (b). Creerian, si por sí mismos no lo experimentasen, que aun en la predicacion del Evangelio, en la que suponemos que es Dios el que nos habla, no podemos tolerar ni sufrir que se nos diga la verdad? No es esto porque no amamos à los Predicadores que nos anuncian las verdades, ni porque aborrecemos las verdades de la Moral mas estrecha; antes bien somos los primeros en criticarlos y condenarlos si con floxedad desemeñan este encargo; sino porque solo queremos à los que predicán las verdades, pero no las que nos interesan; pues en el momento que las verdades que predicán nos comprehenden, y tenemos que corregirnos, en llegando à comprehender empieza à llenarse nuestro corazon de amargura y aspereza. Aunque se oigan defectos de los demas, los escuchamos con alegria, y aun muchas veces no hallamos expresiones bastantes para elogiar al Predicador; pero si este con sus discursos y reflexiones llega à reprehender nuestros vicios, en el instante nos separamos de ellos; no tenemos para con ellos aquella sumision y docilidad que nos hacia util su palabra, y nos hacemos sus censores. Una palabra, no sea mas arreglada, en que se deslizen, da motivo à nuestra

cri-

(a) Psalm. 143. v. 5. (b) Psalm. 50. vi. 5.

crítica y à nuestras sátiras. Aun llegamos al extremo de tener odio à sus personas por la verdad que nos dicen, haciendonos semejantes à aquel infeliz Rey de Israel que aborrecia al Profeta del verdadero Dios, y declaraba públicamente el disgusto que le causaba, porque nunca le anunciaba (decia) una noticia agradable, sino siempre verdades tristes y melancólicas: *Sed ego odi eum, quia non prophetat mihi bonum, sed malum* (a). Extravagancia grande (exclama San Gerónimo) porque él no debía esperar de un Profeta, sino la verdad; y lo que se le anunciaba no era menos cierto, porque à él le era desagradable.

Sin embargo, esto es lo que acontece todos los días, y de lo que me sería muy fácil convenceros sensiblemente; porque si yo intentase decir aquí la verdad con toda la libertad que me permite, y me debe dar mi ministerio, y si recorriese todos los estados y situaciones de los hombres, vendría à referir ciertas verdades, que con razon os reprehenderia, atrayendome por ello la indignacion de la mayor parte de las personas que me escuchan. Yo no se las diré sino muy en general, y observaré en ello todas las reglas de precaucion exácta que la Iglesia me prescribe; y no importa que así lo practique: porque estas serán verdades que causarán vergüenza à la hipocresia del siglo, y por una anticipacion del juicio de Dios expondrán à cada uno su confusion, de manera que no podrán evitarla, causandoles la mayor ignominia, aunque se rebelen contra mí todos los que en esto se hallen comprendidos. Digo, pues, que à fin de autorizar en este asunto nuestro proceder, nos quejamos de la palabra de Dios, no queriendo que llegue hasta individualizar y reprehender los vicios con tanta particularidad; pero no advertimos ni reflexionamos, que de este modo censuramos la conducta del mismo Jesu-Christo; pues nadie ha pintado los vicios en tiempo alguno con colores tan vivos y tan propios como este Hombre Dios: y todo su Evangelio no es otra co-

sa

(a) 3. Reg. 22. v. 8.

sa que una continua censura de las costumbres de su tiempo, y aun de todas las edades. Tambien decimos, que el Predicador no debe particularizar tanto las cosas: pero por ventura, lo decimos así quando solo se nos predicen verdades que comprehenden à los demas, y en las que no tenemos interes alguno? Este zelo con que deseamos que los Predicadores observen esas reglas de prudencia y modestia, nos inquieta y nos incomoda entonces? Solo tenemos este zelo quando las verdades que predicen nos comprehenden, y quando conocemos que en ellas tenemos algun interes; y esta es una evidente prueba de que esté no es un zelo santo inspirado por Dios, sino un odio secreto à la verdad. Sin embargo, no pretendo por esto justificar la conducta de aquellos que con modos y expresiones poco christianas, pero indiscretas, insulten y ultrajen à su auditorio; pues la Iglesia ha dado en este punto sus reglas, y tiene sus Prelados para hacer que se observen. Yo solo intento condenar una delicadeza intolérable que hay en los Christianos, de manera, que no pueden sufrir que el Predicador exprese con tanta particularidad ciertos vicios, que les haga conocer la corrupcion de su estado. A esto solo aspiro, pues nos hallamos en tan triste situacion: pero por un justo castigo del Cielo (dice San Agustin) sucederá, que à pesar de estos mismos que rehusan conocer la verdad, ella misma los dará conocimiento, sin manifestarse à ellos: *Inde retribuet eis, ut qui se ab ea manifestari nolunt, & eos nolentes manifestet, & eis ipsa non sit manifesta*. Guardémosnos de tan terrible ceguedad, amados oyentes. Abramos los ojos para conocer la verdad. Amemosla quando nos reprehende, y desconfiemos de ella, y temamosla quando nos lisonjea, de lo que voy à hablarlos en la segunda parte.

PARTE SEGUNDA.

Si tuvieramos el espíritu tan recto, y el corazon tan arreglado como se debe desear por el interes de nuestra propia perfeccion, no nos hallariamos reducidos à la infel-

liz

liz necesidad de temer, no solo los errores del siglo, sino aun la verdad, quando nos es agradable y ventajosa; pues nuestra vanidad nos la hace perjudicial, y por una estraña corrupcion forma de nuestro propio bien la causa y materia de nuestro mal. Solo Dios (si me es permitido hablar de este modo) puede ser alabado con seguridad, y sin que corra algun riesgo; pues esta es una de las prerogativas que la Escritura le atribuye en las palabras del Psalmo: *Te decet hymnus, Deus* (a). Dios se alaba eternamente à sí mismo, y sin cesar está oyendo la voz de sus criaturas que le dicen que es Grande, que es Justo, que es admirable en sus consejos, y que él solo es digno de ser amado. El recibe el testimonio que le dan de estas verdades sin perjuicio de su infinita Santidad; porque siendo la Santidad y Verdad por esencia, la verdad que en sí tiene no puede jamas alterar ni pervertir su Santidad. Pero en nosotros sucede muy de otro modo; pues como no tenemos merito alguno seguro, y nuestras virtudes mas sólidas y mejor fundadas, mientras participan de nuestra nada tienen todas un caracter de inestabilidad, que aun la gracia no destruye, si reflexionamos bien las cosas, debere nos preservarnos de la verdad que nos lisonjea como de un escollo, por dos razones que yo saco de los Morales de San Gregorio Papa. La primera (dice este Santo Doctor) porque en el estilo del siglo que tenemos bastantemente conocido, y del que à cada paso tenemos continuas experiencias, observamos que aquello que nos lisonjea es por lo comun lo que nos engaña, y nos pervierte; y así entre todas las ilusiones no hay alguna que sea para nosotros mas vergonzosa segun el mundo, ni mas peligrosa segun Dios, que la que en favor de nosotros mismos, y de el vano amor propio de que estamos llenos, nos hace reputar la mentira por verdad. La segunda, porque es casi infalible que lo que nos lisonjea nos corrompe, aun quando no nos engañara; por lo que si hay

(a) Psalm. 64. v. 2. *... propria perfectione, ac nos nihilominus*

algo que deba ser motivo de confusion, y que se nos pueda reprehender en el Juicio de Dios, es que habiendo sido el error el origen de la depravacion de los demas, sea la verdad misma la que nos haya perdido. Estas dos razones convencen igualmente que edifican. Yo me contentaré con daros de ellas en pocas palabras una simple idea.

Lo que el Espiritu Santo dixo, y el Oraculo que pronunció por boca de Isaías, no se dirige menos à vosotros y à mí, que à los Israelitas con quienes hablaba este Profeta: *Popule meus, qui te beatum dicunt, ipsi te decipiunt.* (a) Pueblo mio (decia Dios con todo el ayre de Magestad, ó por mejor decir, de Divinidad que el Texto Sagrado nos demuestra) los que te aplauden, los que parece que te alaban, los que te llaman dichoso, y mucho mas los que te llaman perfecto, esos te engañan abusando de tu credulidad. Y sin duda, qué son por la mayor parte los elogios, segun el estilo del mundo? Bien sabeis, que están reducidos à unas mentiras corteses, à unas exágeraciones urbanas, à unas expresiones que nacen de una aparente estimacion; no porque la razon así lo mande, ni porque el corazon à ello obligue; antes por lo regular son falsedades disfrazadas, y encubiertas con el velo de la cortesia; sabeis tambien, que son unos terminos expresivos y de honor, pero que nada significan; y finalmente sabeis, que son imposturas con que comercian los hombres entre sí, y alimentan su vanidad. Las llamo *imposturas*, autorizadas por una falsa politica, ó por un vil interes, y culpable complacencia. Se dice de nosotros lo que deberiamos ser, pero no lo que somos; y nosotros por una lamentable facilidad para caer en el lazo que se nos prepara, creemos en efecto ser como la adulacion nos supone y nos presenta. Se hacen retratos de nuestras personas, en los cuales todo nos agrada, y nos parece que son muy naturales. Se nos dan elogios, que no son sino cumplimientos y apariencias, y

Tom. VI. Dominicas.

M

los

(a) Isai. 3. v. 12.

los juzgamos realidades. Se alaban hasta nuestros vicios y pasiones, y no dudamos despues reputarlas como virtudes: *Qui te beatum dicunt, ipsi te decipiunt.* De aqui nace, que todos los dias vemos hombres naturalmente modestos, que serian humildes si se conocieran; pero lisonjeados con este vano incienso que les tributan, juzgan tener ya un gran merito, quando en la realidad no le tienen; dan gracias à Dios por mil beneficios que Dios no ha querido comunicales: se reconocen en sí talentos que no han recibido: se atribuyen el feliz exito en muchos asuntos que no han tenido parte, y se felicitan y complacen en su interior de aquello mismo por lo que en publico se les desprecia. Estas son las conseqüencias regulares de esta viciosa inclinacion que nos arrastra à amar y buscar la verdad que nos lisonjea y adula; no habiendo ninguno entre nosotros, de quien no se pueda justamente decir: *Qui te beatum dicunt, ipsi te decipiunt;* aunque sea verdad (como observa San Bernardo) que esta palabra del Espiritu Santo se verifica principalmente en los Grandes, en los ricos, y en los poderosos del siglo.

Sabeis qual fue el origen de la idolatria, y de dónde dimanó este desorden de la supersticion y culto de las falsas divinidades, que tantos tiempos ha reynado en el Universo? Poned toda vuestra atencion en este pensamiento: Este desorden tuvo su origen en el abuso que intento destruir, y en la inclinacion y facilidad que tienen los hombres en creer lo que les acomoda, por increíble que ello sea en sí; esto es lo que hizo à tantas Naciones Idolatras: pues hizo que ciertos hombres llegasen à creer que eran Dioses; pues à fuerza de decirselo y llamarselo, se acostumbraban à ser tratados y venerados como tales. Los que empezaron à hablarles en este language, sabian muy bien que ninguna divinidad tenian; pero sin embargo, la adulacion y lisonja los obligaba à executar lo mismo que hubieran hecho con sinceridad y buena fe, si hubieran estado persuadidos à que era verdad lo que decian. Los Principes mismos, y los Conquistadores à quienes se daban estos honores, estaban igualmente convencidos,

dos, y sabian con la misma certeza que estas adoraciones no les convenian; pero el deseo de engrandecerse, unido à un politico interes, les obligaba à que por entonces las aceptasen, y poco despues à que las exigiesen. Un error grosero era la causa de que los pueblos se sujetasen à darles estos honores: y formandose poco à poco de este error una opinion, vino insensiblemente à ser ley ó precepto de Religion; y aunque eran mortales, se les fabricaban Templos, se les consagraban Altares, se ofrecian en su nombre Sacrificios; y estos hombres profanos è impios pasaban y eran tenidos como divinidades de la tierra. De este modo se valia el demonio del orgullo de los unos, y de la simplicidad de los otros para conseguir sus ventajas. Nosotros en el dia no nos atrevemos à decir que haya la Ley Christiana destruido este abuso, porque aun permanecen vestigios; y nada es mas comun en el mundo, que una especie de Idolatria que en él se practica, y cuyo uso está establecido. Es verdad que ya no se le dice à los Grandes y à los ricos que son dioses; pero se les dice que no son como los demas hombres, que no tienen las flaquezas de hombres, que tienen qualidades que los distinguen, y los hacen superiores al comun de los demas; y se les distingue de tal modo de todos los hombres, que vienen à olvidar que lo son, y no quieren ser servidos sino como dioses; no considerando que aquellos que les dan adoraciones, son por la mayor parte personas interesadas, determinadas à complacerlos, y algunas veces empeñadas en engañarlos: *Qui te beatum dicunt, ipsi te decipiunt.*

Pero no nos paremos solo en los Grandes, ni en los poderosos del mundo para justificar lo que digo, pues esta Idolatria de que hablo, reyna igualmente en los estados particulares y medianos, y à proporcion produce en ellos los mismos efectos; y así, una muger mundana es como el Idolo de muchos hombres carnales que la rodean, y con donaires y expresiones profanas, que llegan hasta el exceso de la adoracion, la inspiran una idea de sí misma capaz de perderla y condenarla; porque de esto procede que

nunca se conozca, y que estando llena de defectos, no trabaje ni procure corregir alguno, teniendose, aun con todas sus imperfecciones, por una persona adornada de las mejores prendas: porque este es el modo que sin cesar se usa, y continuamente se emplea para seducirla y corromperla. De este modo, un falso amigo viene á ser idolatra de su amigo á fuerza de complacerle, quitándole el mas saludable y conveniente conocimiento, qual es el de sí mismo, y pervirtiendo su espíritu con otros tantos errores como palabras y expresiones le dice complacentes y agradables: *Qui te beatum dicunt, ipsi te decipiunt.* Qué es pues, hablando con propiedad, el uso tan profanado en estos tiempos de elogios y demostraciones publicas, donde baxo el pretexto de eloqüencia, la mentira y la adulacion sin temor alguno triunfan de la verdad? Qué son esas dedicatorias en el principio de una obra, en que por el capricho de un Autor, los meritos mas oscuros igualan á los mas brillantes; donde unas virtudes comunes y medianas son tratadas como las mas sublimes y eminentes; y donde no hay particular alguno que no pueda por su capacidad gobernar un Estado, ni Prelado que no sea digno de la Púrpura? Qué es pues todo esto, sino un comercio y una publicacion, las mas veces mercenaria, de elogios excesivos y desmesurados con que se infatúan los hombres? Se sabe muy bien, que por todos medios se ha de buscar siempre la verdad; pero sin embargo, por una corrupcion del amor propio, que sabe valerse de toda proporcion, se imaginan facilmente qué á lo menos hay en estas cosas alguna apariencia, y algun principio de verdad; siguiendo el ingenioso pensamiento de San Agustin, que dice, que la verdad es de tal modo amada por los hombres, que los que aman una cosa que no es en sí verdad, quieren absolutamente que la que aman sea la misma verdad: *Quia sic amatur veritas, ut quodcumque aliud amant, hoc quod amant, velint esse veritatem.*

Pero digo mas todavía; ques reyna este desorden y es-

ta profanacion hasta en el Santuario, donde vemos todos los dias, que la Catedra del Evangelio, que es la Catedra de la verdad, sirve de Teatro para las lisonjas y adulaciones mundanas. En lugar de los discursos christianos que en otros tiempos se hacian en las exequias para edificacion de los vivos, se pronuncian en el dia panegiricos, en que por autoridad particular se intenta canonizar los difuntos. Vosotros sabéis, que en estos Sermones funebres, los mas cobardes y debiles se representan como Heroes; los de mas mediano talento, como ingenios raros y sublimes; y lo que aun es mas indigno, á los pecadores los transforman en hombres espirituales y santos; pero de qué me admiro! No son estos los lastimosos efectos de esta pasion tan natural á los hombres del siglo por la gloria, y por todas las verdades que los lisonjean: y les son ventajosas? Sin embargo, la contradiccion grande que en medio de todo esto se registra es, que estos hombres tan apasionados y ciegos por su gloria, y tan vanos con su posesion, aseguran y protestan siempre, que lo que les causa mas horror es ser engañados; y con efecto, no quieren el serlo: pero al mismo tiempo aman todo lo que es forzado querer para estarlo; pues aunque no quieren ser engañados, sin embargo apetezen ser elogiados, ser adulados, y ser admirados, como si pudiera lo uno verificarse sin lo otro. No quieren la impostura, y el engaño, pero aman el aplauso, que es el origen de la impostura: de lo que infiere San Geronimo, que aunque piensen lo contrario, aman el engaño mismo; y por mas dificultad que haya en comprehenderlo, es evidente que los hombres se forman un gran placer en engañarse los unos á los otros, llegando á tal exceso esta complacencia, que mutuamente se agradecen el engaño, y gustan de él: *Hi nimirum gaudent ad circumventionem suam, & illusionem pro beneficio pronunt.* Qué partido; pues, debemos escoger en este asunto? Ya os he dicho que el de desconfiar de la verdad que nos lisonjea; porque no hay verdad que se acerque tanto al error como esta:

nin-

ninguna es tan fácil de confundirse con él; y por consecuencia, ninguna tan expuesta à todos los riesgos del error: y pregunto: qué cosa mas vergonzosa para nosotros segun el mundo, ni mas perniciososa segun Dios, que este error? Dexemonos del juicio que el mundo forma, pues su censura nos importa poco; y basta para ser despreciado por él el dexarnos engañar con unos aplausos falsos; de modo que el personaje mas ridiculo segun las maximas del siglo, es un hombre credulo, envanecido con un merito imaginario, del que se ha dexado persuadir. Si solo tuvieramos que temer al mundo, puede ser que pudieramos por nuestro orgullo y nuestra vanidad misma hacernos independientes de él: pero qué responderemos à Dios, quando nos hará cargo de que por haber buscado y apetecido las verdades lisonjeras y agradables no hemos encontrado sino la mentira y el engaño? Qué le responderemos, quando nos dirá que por haber dado oídos al adulador que nos embelesaba (segun la metáfora del Espíritu Santo) hemos vivido en un perpetuo desorden? Qué por habernos contentado con el humo del incienso hemos renunciado à la pureza de la luz; no porque nos faltó esta, de la qual dependia nuestra conversion, sino porque hemos querido mas las tinieblas, que siendo voluntarias han prevalecido tanto en nosotros, que nuestra salvacion está finalmente envuelta, è inseparable de ellas? Qué alegáremos, pues, para nuestra justificacion? Diremos à Dios, como Adán, que los hombres nos han seducido? Pretenderemos entonces, que podiamos fiarnos de ellos. Los presentaremos como fiadores abonados de las erradas opiniones que nosotros mismos hemos concebido; pero Dios, Juez severo y justo, no tendrá derecho para juzgar nuestra vanidad en haber seguido unos caminos engañosos y falsos?

Yo, Christianos, para convenceros mejor, quiero venir ahora, en que los que os alaban no os engañan, y en que la complacencia que muestran con vosotros en nada per-

perjudica à la verdad. Os pido que deis toda vuestra atencion à este pensamiento, con el que concluiré este discurso. Yo quiero convenir ahora, digo, en que la verdad que nos lisonjea sea tal como nosotros la creemos; pero desde el momento que nos lisonjea y adula, aunque no nos engañe, sostengo que nos pervierte por dos modos bien diversos. El primero, porque nos inspira un secreto orgullo, que destruye delante de Dios todo el merito de esta verdad: y el segundo, porque disminuye en nosotros el zelo de nuestra perfeccion, que si se hubiera conservado como era justo, hubiera producido en nosotros mas ventajas que las que nos dimanar de esta verdad. Ah, amados oyentes míos! Mucho siento que el tiempo sea corto para manifestaros este punto de Moral. Yo convengo en que sea cierto que esta verdad os es gloriosa y ventajosa; pero por util y gloriosa que sea, desde que deseais oír la es una verdad que os envanece, os llena de orgullo, os hace superiores à vosotros mismos, y soberbios para con los demas, y finalmente os hace olvidar à Dios. No hubiera sido mas digno de desearse, que del todo la hubieseis ignorado, y que para vorotros hubiera estado sepultada en el silencio y la obscuridad? Quántos espíritus se han infestado y corrompido (si se me permite explicarme de este modo) por el conocimiento de sus propios méritos? Quántos Astros se han eclipsado con sus propias luces por reflexar sobre sí mismos con demasiada viveza? Es decir: Quántos dedicados à los ejercicios de piedad y devocion, quántas almas puras è ilustradas han sido corrompidas por la reflexion que se les ha hecho hacer en los favores y gracias de que Dios las llenaba? Este hubiera sido un hombre perfecto, si nunca hubiera conocido que tenia en sí qualidades y disposiciones para serlo. Aquel seria un santo, si no se le hubiera dicho que lo era. Esta consideracion y conocimiento que se le ha dado de su elevacion en la santidad, le ha deslumbrado, le ha trastornado, y le ha precipitado desde la cumbre al abismo. Ello es cierto que se le ha dicho la verdad, y que elogiándole se le ha hecho la justicia que se le debe; pero esta justicia, por los

los afectos è impulsos de orgullo que ha producido en su corazón, se ha mudado en corrupcion, è injusticia. Es verdad que no se le ha elogiado excesivamente, lo que se le ha dicho para complacerle ha sido solo un testimonio sencillo de lo que de él se pensaba; pero este testimonio, aunque sincero, no ha dexado de causar en él una funesta impresion, que baxo el colorido de verdad ha arruinado en su alma todo el fundamento de la gracia, que es la humildad. Creeriais vosotros, hermanos míos (decia San Agustin) que Jesu-Christo mismo, que era segun la Escritura la piedra firme y constante à quien por muchos respetos le eran debidas las alabanzas como tributo de su soberana grandeza y de sus adorables perfecciones, no pudo tolerar ni sufrir mientras vivió en la tierra las verdades que tenían por fin honrarle y glorificarle? El hacia prodigios, daba vista à los ciegos de nacimiento, y resucitaba los muertos, pero quando los Pueblos querian aplaudirle, y publicaban que era un Profeta enviado por Dios, les imponia silencio, manifestando un disgusto grande por el reconocimiento que tenían à su persona; ó à lo menos por las exteriores demostraciones que le daban, porque estas le empeñaban à ser elogiado y aplaudido por ello. Aun mucho mas todavia; porque esta modestia observaba, no solo con los hombres, sino con los mismos demonios; pues quando estos espiritus infernales forzados por la virtud de sus palabras salian de los cuerpos publicando que era Christo, los amenazaba, y los mandaba callar: *Et increpans, non sinebat ea loqui.* (a) En lugar de recibir el respeto y homenaje que se daba à su poder, usaba de esta misma soberana potestad para evitarle y desecharle. Por ventura, executaba esto porque reconocia en sí algun riesgo en ser alabado? No, Christianos; pero le habria en esto para nosotros: y como habia venido à ser nuestro modelo, y remediar nuestras flaquezas por la santidad de sus exemplos, rehusaba oír verdades, por las que tendria derecho à glorificarse, para ins-

(a) Luc. 4. v. 41.

inspirarnos temor à las que lisonjeandonos, no pueden causar en nosotros otro efecto que debilitar la gracia, destinada à santificarnos. Esta es la observacion de San Ambrosio sobre este pasage de San Lucas: *Et increpans, non sinebat ea loqui.* Pues si el Salvador (añade este mismo Padre) se portó de este modo para instruirnos en este punto; qué no debemos nosotros executar por nuestra propia utilidad, ó por mejor decir, por nuestra propia necesidad?

Pero aun mas. He dicho que esta verdad que nos lisonjea disminuye en nosotros el zelo de nuestra perfeccion, y nada es mas evidente: porque la perfeccion, segun aseguran todos los Santos, y segun nos lo enseña el Santo de los Santos, siendo difícil de practicar, y consistiendo su principal exercicio en hacer cada día nuevos progresos para conseguirla, y en vencerse à sí mismo, es siempre verdad, que por gran deseo que tengamos de adquirirla, en ello trabajamos con fatiga y dificultad, y que si pudiéramos dispensarnos de ello con estimacion y honor, este partido abrazariamos con alegría. A esto, pues, nos conducen y llevan infaliblemente las alabanzas de los hombres, por justas y legitimas que sean; pues escuchandolas continuamente, nos hacen creer que estamos ya en un elevado grado de santidad, y desde entonces nos empezamos à entibiar y aflojamos; siendo así que San Pablo, aunque estaba confirmado en gracia, decia à los Filipenses: No permita Dios que yo crea que soy ya perfecto: no hermanos míos: aun estoy muy distante del termino à que aspiro; pero camino siempre procurando llegar adonde el Señor me ha predestinado; y à este fin, olvidando todo lo pasado, y aspirando por conseguir lo que me falta, corro incansablemente ácia el fin de la carrera para ganar el premio, y merecer la corona à que Dios me llama: *Que retrò sunt obliviscens, ad ea verò que sunt priora extendens meipsam, ad destinatum persequor, ad bravium superne vocationis.* (a) En lugar de hacer lo que San Pablo, nosotros por una con-

(a) Philip. 3. v. 13. & 14.

ducta enteramente opuesta, y bien distante de la que observaba, miramos en nosotros con complacencia la poca bondad que hemos adquirido, y nos olvidamos de la que nos falta que conseguir. De aquí dimana, según la máxima de la Filosofía, y de la humana sabiduría, que un adulator y lisonjero es mas digno de temerse que un enemigo. De aquí procedía, que David miraba como ultrajes è injurias los elogios que recibía de boca de los adultores: *Et qui laudabant me, adversum me jurabant.* (a) De aquí procedía finalmente, que San Bernardo (según el mismo Santo lo refiere) tenía costumbre de prepararse y fortalecerse con dos versos de la Escritura contra dos clases de gentes. El uno decía contra los que hablaban de él con malicia: *Avvertantur retrorsum, & erubescant, qui volunt mihi mala.* (b) Apartad Señor de mí, y cubrid de confusion estos espiritus ponzoñosos, que me quieren mal. El otro decía contra los que intentaban lisonjearle: *Avvertantur statim erubescentes, qui dicunt mihi: euge, euge.* (c) Lejos de mí estén, Señor, los que aplaudiendome me dicen, animo, animo: y estos vanos elogios que me dan mudense en confusion y vergüenza que los abochorne.

Tengamos siempre, Christianos, estas dos grandes máximas, y sigamoslas. Amemos la verdad que nos reprehende, y desconfiemos de la que nos alhaga y nos lisonjea. Olvidemos la bondad que en nosotros puede haber, y nunca apartemos la vista de nuestros defectos. Las buenas obras (dice San Agustin) nos santifican, y las malas nos corrompen; pero por un efecto del todo contrario, la memoria de las buenas obras nos pervierte, y nada es mas propio para santificarnos que el recuerdo de nuestros pecados: como si Dios por una providencia particular hubiera querido dar al pecador el consuelo de que pudiera hacer con la memoria de su culpa el remedio de su pecado; y como si al mismo tiempo hubiera querido dar al justo un contrapeso de su santidad, poniendole en sus

(a) Psalm. 101. v. 9. (b) Psalm. 69. v. 4. (c) Ibid.

mismas buenas obras el motivo de la mas peligrosa tentacion. Miremos à los que nos aplauden como à gentes contagiosas; y si es posible, que se pueda decir de cada uno de nosotros lo que decía San Ambrosio de Teodosio: Yo he respetado y amado à este hombre, porque siendo superior à todos los demas, ha estimado mas à uno que le censura, que à otro que le elogia. Pues los aplausos lisonjeros del que nos abona llevan siempre consigo un mortal veneno, y las sabias y christianas reprehensiones de un Censor, de un Confesor, de un Predicador, ó de un amigo nos apartarán de nuestros desordenes, nos harán volver à tomar el camino por donde bebemos ir, y del que nos hemos extrañado, nos conducirán al puerto de salvacion, y nos harán llegar à la feliz eternidad que os desco.